

aposento, haga entender sus pensamientos en todo el ámbito del mundo? ¿Un arte, por quien, sin hablar con nadie de cerca, se hable con cualquiera desde España á la China? ¿Un arte, por quien se pueda decir, que se sabe todo lo que se sabe? pues sin el subsidio de la escritura, órgano de todas las ciencias, ¿qué hubiera en el mundo, sino ignorancias?

Esta invencion prodigiosa nos dejó la antigüedad, y antigüedad tan remota, que ocultándose á los más ancianos monumentos, se ignora en qué siglo salió á luz este gran parto. Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, trajo las letras y uso de la escritura á la Europa, más de mil y cuatrocientos años ántes de la era cristiana. Ésta es la sentencia más corriente; pero los mismos autores de ella suponen que no fué Cadmo el inventor, sino que ya las letras estaban introducidas entre

los fenices, y que esta nacion fué la patria de tan ilustre arte. Así Lucano:

*Phanices primi (fama si credimus) ausi
Mansuram rudibus vocem signare figuris.*

Filon Judío, á quien siguen otros, dice, que no fueron los fenices inventores, si que Moisés, pasado el mar Bermejo, llevó consigo las letras á Fenicia. Otros suben hasta Abraham, y áun entre éstos hay su division, pretendiéndose por una parte que este patriarca haya sido autor de las letras; por otra, que las haya tomado de los asirios. En fin, esto es inaveriguable, y sólo está averiguado, que la invencion de las letras pertenece á aquellos distantisimos siglos en que se imagina que no habia en el mundo más que una rudísima torpeza; de donde se infiere, que los hombres siempre fueron unos; esto es, siempre racionales.

GLORIAS DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

§ I.

Testifica Abraham Ortelio haber leído en unos fragmentos de Salustio, que en los antiguos tiempos, cuando la juventud española se preparaba para salir á la guerra, sus madres les recordaban los valerosos hechos de sus padres, para encender sus marciales espíritus á la imitacion de sus mayores. Así servian á la defensa de la patria uno y otro sexo, el fuerte con el ejercicio, el débil con el influjo.

Aquel ejemplo me he propuesto seguir en este discurso, cuyo asunto es mostrar á la España moderna la España antigua; á los españoles que viven hoy, las glorias de sus progenitores; á los hijos, el mérito de los padres; porque, estimulados á la imitacion, no desdigan las ramas del tronco y la raíz. Dé leccion un siglo á otro siglo. En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos que nuestros antepasados. Luego cuanto es de parte de la naturaleza, la misma índole, igual habilidad, iguales fuerzas hay en nosotros que en ellos, y acaso superiores á las de otras naciones. Lástima será que cedamos á éstas en el uso, haciendo excesos en la facultad.

El caso es, que el vulgo de los extranjeros atribuye en nosotros á defecto de habilidad, lo que sólo es falta de aplicacion. Regulan á España por la vecindad de la África. Apénas nos distinguen de aquellos bárbaros, sino en idioma y religion. Nuestra pereza, ó nuestra desgracia, de un siglo á esta parte, ha producido este injurioso concepto de la nacion española; error que el debido afecto á la patria me mueve á impugnar, y es justo salga á este Teatro, por tan común.

Probarán la justicia de nuestra causa los hechos de los españoles y los dichos de los extranjeros. Digo de aquellos extranjeros, que por haber existido ántes que entre nuestra nacion y las suyas naciese la emulacion,

carecieron del mayor estorbo que tiene contra sí la verdad. En cuanto á los hechos de los españoles, será preciso proponer sólo como en bosquejo los más insignes, pues no hay campo para mostrar, ni áun reducidas al más compendioso epítome, tantas historias. Haremos lo que los geógrafos, que para dibujar region grande en poco lienzo, sólo apuntan con breves caracteres las poblaciones mayores.

§ II.

España, á quien hoy desprecia el vulgo de las naciones extranjeras, fué altamente celebrada en otro tiempo por las mismas naciones extranjeras en sus mejores plumas. Ninguna le ha disputado el esfuerzo, la grandeza de ánimo, la constancia, la gloria militar, con preferencia á los habitadores de todos los demas reinos. Tucídides testifica, que eran los españoles, *sin controversia, los más belicosos entre todos los bárbaros*. Donde se advierte, que los griegos, cual lo era Tucídides, llamaban bárbaros á todos los que no eran de su país ó no hablaban su idioma; lo que practicaron también los romanos. Así, esta voz no era injuriosa entre ellos, como hoy lo es entre nosotros, porque bárbaros significaba extranjeros, y nada más. Por eso Ovidio decia de sí, que era bárbaro entre los getas, porque nadie entendia allí su lenguaje: *Barbarus híc ego sum, quã non intelligor ulli*. Diodoro Siculo, tanto á la caballería como á la infantería española concede ventajas, así en la fuerza para el combate como en la tolerancia para las incomodidades de la guerra. Justino celebra los ánimos españoles por intrépidos para la muerte y amantes de las fatigas militares; lo que Silio Itálico con más fuerte encarecimiento aplica á los gallegos, afirmando, que éstos tenían por ocupacion indigna de hombres todo lo que no era manejar las armas en la campaña.

Segne viris quidquid sine duro Marte gerendum est.

Cito á este autor, aunque español, segun la opinion más probable, que le hace natural de Sevilla; porque respecto de Galicia, para cuyo elogio le alego, bien indiferente es un andaluz. Estrabon, que es harto extranjero, pues fué oriundo de Creta y nació en Capadocia, confirma el dicho de Silio Itálico, llamando á los gallegos gente sumamente guerrera y dificultosísima de conquistar: *Bellacissimi et subjugatu difficillimi*.

Volviendo á los españoles en general, Livio los llama *gente fiera y belicosa*. Y en otra parte advierte, que es nuestra nacion la más apta, *entre cuantas tiene el mundo*, para reparar las ruinas de la guerra, no sólo por la oportunidad de los sitios, más también por el genio é ingenio de los naturales. Dionisio Afro le da el atributo de *magnánima*. Tibulo, de *atrevida*. Lucio Floro, de *guerradora*, de *noble en armas y varones fuertes*, y lo que es más que todo, la apellida *maestra del grande Anibal* en la profesion militar; elogio, en quien si quisiésemos alargar la pluma, se nos abria espacioso campo á magníficas declamaciones. Pero no es menor el de Vegecio, el cual confiesa, que exceden en fortaleza los españoles á los romanos.

No hacen ménos justicia á España los extranjeros de los tiempos posteriores. Celio Rodiginio, despues de referir cómo habiendo Porcio Caton despojado de las armas á los españoles que habitaban de la otra parte del Ebro, muchos, de sentimiento, se quitaron voluntariamente la vida, añade, que es propio de la ferocidad española despreciar la vida, faltándole el uso de las armas. El Guicciardino asegura, que los experimentos de su tiempo mostraban, que el valor español, especialmente de la infantería, correspondia exactamente á la antigua fama de la nacion, y que generalmente ninguna hay que la exceda en agilidad é industria para los sitios de plazas fuertes. Felipe Cluverio confirma, que no en uno ú otro siglo, sino siempre y en todos tiempos, es España fecundísima en la produccion de espíritus marciales.

§ III.

No deberian quedar enteramente satisfechos los españoles, si los extranjeros no les concediesen otra prerogativa que la ventaja de las armas, ya porque es muy limitado elogio el que se ciñe á sola una prenda, ya porque la osadía del corazón, la intrepidez en los peligros de la guerra, separada de otras cualidades nobles que ilustran la naturaleza racional, no es tan propia de hombres como de brutos, y más debe llamarse ferocidad que valor. La bizarría con que se expone la vida á los mayores riesgos no subsiste sino en dos extremos muy distantes. Si proviene de un ímpetu ciego, degenera en irracionalidad; si nace de celsitud de ánimo, constituye aquel grado eminente y como sobrehumano, que llamamos heroismo. No hay medio. La animosidad intrépida para entrarse, ya por los rigores del acero, ya por los horrores de la pólvora, ó eleva al hombre sobre los hombres, ó le coloca entre los brutos. Para discernir á qué clase pertenece el que es soberanamente osado, se ha de atender al carácter de su espíritu y al motivo que le alienta. El que en el trato común es intratable, altivo, ardiente, feroz, desapacible,

da motivo para creer que lo que en él se llama valor no es sino fiereza. Áun en los empeños más justos no obra por impulso de la razon, sino en virtud de un movimiento maquinario, que le determina á todo género de arrojos. Busca en los peligros de la guerra el desahogo de su propio genio, no la defensa de la religion ó la patria. Al contrario, en el de índole grave, benévola, apacible, urbana, se debe juzgar, que cuanto esfuerzo muestra en la campaña es hijo legítimo de la virtud de la fortaleza, y que, dueño de sí mismo, acomoda sus acciones al teatro y ocasion en que se halla.

La pintura que hacen del genio español las plumas extranjeras representa en él todos aquellos nobles atributos, que hermoseando la parte racional, dan á su valentía todo el lustre de un virtuoso y verdadero valor.

Abraham Ortelio (en el mundo antiguo, sobre el mapa de España), recogiendo los dichos de varios autores, atribuye á los españoles, entre otras excelencias, la de liberales, benignos, obsequiosos con los forasteros, en tanto grado, que con honrada emulacion compiten entre sí sobre servirlos y agasajarlos. ¡Oh heroicidad y discrecion española! Esto es saber distribuir segun las oportunidades el uso de las virtudes, y distinguir en los extranjeros la cualidad de enemigos de la substancia de hombres. Cuando éstos con mano armada acometen sus confines, no encuentran en los españoles sino ira, furor, coraje, hierro y fuego. Cuando pacíficos y desarmados quisieren pasear nuestra península, todo es experimentar humanidad, cariño, bizarría.

El mismo autor dice, que era costumbre de los españoles entrar cantando en las batallas: *Prælia aggrediuntur carminibus*. Corazones igualmente despejados de los temblores del susto, que de los atropellamientos del arrojito, emprendian festivos la defensa de la patria, mezclando el aprecio de la gloria con la desestimacion del riesgo.

Paulo Merula celebra el amor de los españoles á la justicia, la integridad y vigilancia de nuestros magistrados en la administracion de ella, sin respeto á acepcion de personas; añadiendo, que por la severa y cuidadosa aplicacion de los jueces, son muy raros ó ningunos en España los latrocinios. Es cierto que no podemos gloriarnos hoy de la dicha de que haya pocos ladrones en España. Mas no por eso deberémos quejarnos de la omision de los jueces, sino de nuestras culpas, que han merecido á la severidad divina la permission de la multitud de latrocinios, entre otros muchos azotes. Es práctica común de la Justicia soberana usar de los delincuentes como instrumento para castigar á otros delincuentes.

Justino recomienda en sumo grado la honradez española en la fiel custodia de los secretos que se le confían, diciendo ser muy frecuente en los nuestros rendir la vida en los tormentos por no revelar las noticias que han adquirido en confianza: *Sæpe tormentis pro silentio rerum immortalium: adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitæ*.

La fidelidad de los españoles en la correspondencia del comercio se halla altamente acreditada con la experiencia que tanto tiempo há hacen de ella los comerciantes extranjeros, valiéndose de los nuestros para

despachar sus mercaderías en las Indias Occidentales. Jacobo Sabari, en varias partes de su *Diccionario de comercio* habla con admiración y asombro de esta fidelidad española. Dice (verb. *Comerce d'Espagne*), que hasta ahora jamás se vió español que fuese infiel al extranjero, que le hizo confidente suyo. Y en otra parte, que en las más duras y sangrientas guerras han observado en su particular inviolablemente esta lealtad con los mismos á quienes en comun tenían por enemigos.

Verdaderamente es prodigio singularísimo, que una oportunidad tan favorable para enriquecerse á costa ajena sin contingencia ó riesgo alguno, no haya sido poderosa para que algun español, en tan largo discurso de tiempo, faltase jamás á la fe y palabra dada al mercader extranjero. No apruebo, ántes abomino con toda la alma, el que los nacionales sirvan de instrumento para sus ganancias á los extranjeros, especialmente en la circunstancia de ser enemigos de la república, faltando juntamente á las leyes de su soberano y perjudicando á los intereses del público. Mas supuesta esta inicua convencion, no deja de argüir una gran generosidad, aunque mal aplicada, en los corazones españoles, el que ninguno, áun briudado de crecidísimos intereses, haya cedido jamás al dominante atractivo del oro, violando el pacto estipulado.

Porque fuera inmensa obra recoger todos los dichos de autores extranjeros á favor de los genios de nuestra nacion, concluiré con los testimonios de Hugon Sempilio y Latino Pacato, porque comprenden cuanto se puede decir ó pensar en el asunto, no sólo para adecuar nuestro derecho, mas áun para satisfacer, si la tenemos, nuestra vanidad. El primero (*De mathemat.*, libro viii, página 135) nos da todos los epítetos siguientes: «Observantísimos de la amistad, graves en las costumbres, templados en comida y bebida, de feliz juicio, adornados de ingenio y memoria, tolerantísimos de la hambre y sed en la guerra, sagacísimos para estratagemas, fidelísimos á los soberanos.»

El segundo, en el panegírico que hizo al gran Teodosio, despues de decir que «España es la más feliz de todas las regiones del orbe», y que «el supremo Artífice puso más cuidado en cultivarla y enriquecerla que á todas las demas»; porque no se entendiase que este elogio se limitaba á la fertilidad material del terreno, ó á sus minas de plata y oro, luego celebra á nuestra region por otra fecundidad mucho más preciosa, que es la de producir gran copia de hombres insignes en virtud y habilidad para todo género de empleos: «Esta tierra (dice) es la que engendra los valentísimos soldados, los excelentes caudillos, los elocuentísimos oradores, los ilustres poetas, los rectísimos jueces, los admirables príncipes.» ¡Oh cuánto debe nuestra tierra al cielo, pues parece que sobre ella derrama congregados cuantos benignos influjos tiene repartidos en la vária actividad de sus plantas! Sólo España da hombres grandes para todo, siendo excepción de aquella regla general: *Non omnisfert omnia tellus.*

§ IV.

Apóstrofe al señor infante don Carlos.—Aquí, serenísimo Infante y amabilísimo dueño mio, debajo de

cuya soberana proteccion sale á luz este tomo (*), me sea lícito formar la dulce idea de que, dobladas las rodillas á los piés de vuestra alteza, pongo en sus manos las deposiciones de todos los autores extranjeros, que he alegado, para serenar aquella honrada y generosa turbación, que en el nobilísimo ánimo de vuestra alteza ocasionó la inconsiderada crítica de un autor alemán contra la nacion española, al leerla estampada en mi segundo tomo. Vea vuestra alteza cuántas sábias plumas extranjeras nos desagranan del ultraje que en cuanto á las calidades del espíritu nos hizo aquel escritor; pues por lo que mira á las del cuerpo, trabajo inútil sería revolver libros para repeler la injuria, estando patente la falsedad á la vista. Disculpe en esta parte su profesion á su ignorancia; pues un religioso está muy desviado del mundo, para hacer justo concepto de la traza, genios y costumbres de naciones distantes de la suya. Sin esa circunstancia sería cosa admirable, que un alemán asquease tanto la disposicion de nuestros cuerpos, como si aquellas casi inanimadas masas de carne, que produce su tierra, fuesen comparables con el garbo, soltura y agilidad española. Pero vuelvo al hilo de mi discurso.

§ V.

Hasta ahora hemos hecho la apología de nuestra nacion con el testimonio de autores extranjeros. Ya es tiempo que tome vuelo la pluma para ilustrar más dilatado y ameno campo, descubriendo las glorias de España, no en dichos de testigos forasteros, sino en los hechos de los mismos españoles. Correré muchos siglos en pocas páginas, empezando desde aquel de cuyos sucesos debémos alguna clara luz á las romanas historias, pues en los antecedentes, áun los ojos más linceos no ven sino tinieblas.

En aquella infeliz batalla en que Anibal, destrozando á los olcades, vacceos y carpetanos, sujetó al africano dominio la mayor parte de nuestra peninsula, hubiera empezado á brillar la virtud española, si no la eclipsára su demasiado ardimiento. Livio confiesa, que el ejército español era invencible y triunfaria en el combate, á no estorbarlo la desigualdad del sitio: *Invicta acies, si æquo dimicaretur campo.* Arrojárónse temerariamente nuestros soldados sin orden ni consulta de sus caudillos, rompiendo las aguas del Tajo, por atacar á los cartagineses, que dominaban la orilla contrapuesta con su caballería, y avanzándose ésta á recibirlos en medio de la corriente, le fué fácil vencer á quienes, por no tener donde firmar los piés, no podían jugar las manos; á que se añadió, que á los más arrebató el rápido curso del rio ántes que pudiesen hacer frente al enemigo acero.

Siguióse á aquella batalla el sitio y ruina de Sagunto, cuya porfiada resistencia de ocho meses á ciento y cincuenta mil combatientes, acreditó tanto su constancia, su valor y su fineza por los romanos, como llenó á éstos de oprobio por la fria lentitud, ó por mejor decir, total omision, en socorrer á tan generosos aliados. Pudieron redimir las vidas rindiendo las armas y mudando de suelo, que estos pactos les propuso Anibal; pero pre-

(*) El tomo iv en que se publicaba este discurso, iba dirigido á Carlos III, cuando áun era infante.

frieron morir con las armas en la mano y ser sepultados en Sagunto, á vivir desarmados fuera de Sagunto; no hallándose en tan numerosa poblacion ni un hombre solo que quisiese sobrevivir al estrago de la patria (1).

§ VI.

Los que con más reflexion atienden el grande proyecto de Anibal, de introducirse á hacer guerra á los romanos en el corazon de Italia, justamente le conciben como el último ó supremo esfuerzo á que puede llegar la humana osadía. El señor de San Evremont prefirió esta empresa á todas las de Alejandro Magno. No fué tan admirable la ejecucion como el propósito. Constató aquella expedicion de tantos sucesos arduos y felices, cuantos se pueden esperar del valor y la prudencia confederados con la fortuna. Pero lo más portentoso es, que comprendiendo Anibal todas las dificultades y riesgos de aquella empresa, al representarse unidas en su mente, concibiese la resolucion y esperanza de superar tantos peligros y estorbos. No ignoraba, que para hacerse paso por las Galias habia de romper por muchas naciones enemigas; que en el pasaje de los Alpes habia de tener por enemiga la misma naturaleza; que vencido todo esto, meteria su ejército muy disminuido en una region donde no poseia un palmo de tierra; que se habia de hacer la guerra contra un estado poderoso y formidable; que para asegurarse dentro de Italia era menester ganar, no una batalla, sino muchas, ó por mejor decir, todas, al paso que una sola que perdiése era imposible reforzarse ó retirarse. A las insuperables dificultades, que ponía á su empresa la república enemiga, se añadian las que razonablemente debia temer de parte de la propia. Anibal no era más que un particular en Cartago, donde eran muchos los que llevaban mal que rompiese con los romanos. Hallábase, es verdad, asistido de una faccion poderosa; pero áun prescindiendo de las ordinarias contingencias de que en una república libre se transfiera el mayor peso de un brazo á otro de la balanza, la faccion opuesta, sostenida de los créditos de Hannon, podría, si no cortarle los pasos, hacerlas inútiles con la escasez y tardanza de los socorros.

Si este gigante cúmulo de embarazos, dificultades y riesgos se considera en el proyecto de Anibal ántes de empezar tan grande obra, sin atender á la grande mente que le habia ideado y al gran corazon que le tenía resuelto, se graduará sin duda de temeridad, locura y delirio. Pero Anibal, al paso que extremadamente osado, era igualmente cauto, perspicaz, advertido. Su designio fué hijo de una meditacion muy pausada, no aborto de un rapto de furor ó cólera. Luego es de creer que tuvo fundamentos sólidos para esperar el logro de tan ardua empresa, y que, considerando con sábia reflexion sus fuerzas, las halló muy probablemente superiores á las de los romanos. La cantidad de sus tropas no podía inspirarle esta confianza, pues aunque

(1) Las muchas conquistas que ántes de Anibal hicieron los cartagineses en España nada desacreditan el valor español. Estrabon dice, que los españoles estaban totalmente desunidos entónces, sin comercio, sin alianza de unos pueblos con otros. Así, no pudiendo resistir cada pequeño territorio á un ejército entero, no despues de otro, fué fácil subyugarlos á todos.

podía sacar, y de hecho sacó, un grueso ejército de España, se debia hacer cuenta de los grandes menoscabos que habia de padecer en un camino tan largo, donde en cada paso se pisaba un peligro, y que puesto en Italia, aunque se idease una continua serie de prósperos sucesos, éstos mismos le habian de ir disminuyendo la gente, al paso que los romanos siempre quedaban con fondos bastantes para reparar las ruinas. Luego es preciso confesar que le alentó, no la cantidad, sino la calidad de las tropas.

Éstas se componian de africanos y españoles. De unos y otros tenia sobrada experiencia en la guerra de España. Lo primero que se representa al discurso es, que habiendo vencido los africanos á los españoles, juzgó que no tendrían dificultad en triunfar de los romanos. Esto bastaria para gloria de nuestra nacion. Pero otra mayor descubro, atendiendo á la conducta de Anibal en el discurso de aquella guerra. Es constante que Anibal, cuando se presentaba el combate, ponía los soldados españoles en la vanguardia ó frente del ejército. Cuéntalo Livio, el cual añade que éstos eran la fuerza principal del ejército de Anibal: *Ab Annibale Hispani primam obtinebant frontem; et id roboris in omni exercitu erat.* (Década 3, libro vii.) Luego más confianza hacia el caudillo africano de los soldados de nuestra nacion, que de los de la suya.

Desde la primera accion empezaron los nuestros á desempeñarse del concepto en que los tenía Anibal. Hablo del tránsito del Ródano, á quien esguazando los primeros, dieron furiosamente sobre las tropas de Publio Cornelio, que defendían el paso, quedando áun el grueso del ejército africano en la opuesta orilla. ¡Oh qué diferentes se nos representan los españoles en el Ródano que en el Tajo! Uno y otro rio acometen intrépidos; pero en el Tajo son vencidos, en el Ródano vencedores. Tenian caudillo en el Ródano; faltóles en el Tajo. Nunca Anibal hubiera vencido á los españoles, si éstos fuesen comandados de otro jefe como Anibal. Siempre que tuvieron cabeza proporcionada á su corazon fueron invencibles.

§ VII.

Vióse ésta en las guerras que tuvieron acaudillados de Viriato y de Sertorio. Debajo de las banderas del primero destrozaron várias veces á los romanos, y en fin, éstos apelaron á la alevosía para quitar á los españoles tan glorioso jefe, corrompiendo á sus propios domésticos para que le quitasen la vida, en cuya torpeza tácitamente confesaron, como dice Lucio Floro, que era imposible vencerle de otro modo.

Lo propio hicieron con Quinto Sertorio. Venció éste en muchos encuentros á los romanos, siendo comandados éstos (lo que es muy ponderable), ya por Metelo, ya por el primer Pompeyo. En fin, Marco Perpenna, uno de los proseritos de Roma, brindado con la esperanza del perdón, le mató pérfidamente en medio de un festín. Así hacian los romanos la guerra en España, no hallando otro medio para su conquista que la traicion.

No con más generosidad y limpieza procedieron en la guerra de Numancia. Por espacio de catorce años resistió esta pequeña república todos los esfuerzos de la

romana potencia. Con solos cuatro mil soldados (segun Lucio Floro) triunfó diferentes veces de un ejército de cuarenta mil. Y aunque, con Veleyo Patérculo, concedamos que llegaron tal vez los numantinos á juntar diez mil guerreros, siempre queda en la enorme inferioridad del número altamente acreditada la ventaja del valor. Dos veces obligaron á los romanos á pedirles humildes la paz, y se la concedieron, pudiendo destruirlos enteramente. Capitularon la primera con el cónsul Pompeyo Rufo, la segunda con Hostilio Mancino, que sucedió á aquél en el comando del ejército. En tal consternacion habian puesto con repetidas rotas á los romanos, que ya les faltaba á éstos el ánimo y el aliento para ver la cara ú oír la voz de cualquier vecino de Numancia. Esto no lo dice algun autor español, sino romano, y de los más ilustres: *Ut ne oculos quidem, aut vocem Numantini viri quisquam sustineret.* (Luc. Floro, libro II, capítulo XVII.) Dos veces, dice, les pidieron humildes la paz, dos veces la obtuvieron, y dos veces inicualemente la violaron. Es verdad, que respecto á la soberbia del pueblo romano, las condiciones habian sido ignominiosas; pero con ellas habian redimido las vidas cuando tenian puestas las gargantas debajo de los aceros numantinos, en cuya circunstancia, ¿quién, sino un insensato, espera capitulaciones honradas, y especialmente cuando el que se humilla es el que movió injustamente la guerra, como consta que los romanos lo hicieron? En todo fué consiguiente su ruin proceder, pues habiendo empezado inicualemente la guerra, dos veces violaron pérfidamente la paz. Al fin venció á los numantinos, no el valor romano, sino la hambre, en cuyo último apuro, quitándose voluntariamente las vidas, ya con el hierro, ya con el fuego, no dejaron á la codicia de los conquistadores otro despojo que sus propias cenizas.

§ VIII.

Siempre que me vienen á la memoria las conquistas con que se engrandeció el imperio romano, y el aplauso con que el mundo las clamorea, admirando al mismo tiempo aquella república como la norma de todas en cuanto á las virtudes políticas y militares, no puedo ménos de lastimarme de la debilidad del juicio humano, que dejándose fácilmente deslumbrar de un falso resplandor, apénas en materia alguna acierta á mirar con ojos fijos la verdad. ¿Qué fué la república romana? Una gavilla de ladrones, que engrosándose más y más cada día, empezó robando ganados, prosiguió robando poblaciones, y acabó robando reinos. El origen régio de Rómulo es tan incierto, que no faltan justísimos títulos para colocarle entre las fábulas. Graves autores juzgan que, bien léjos de ser de la estirpe de los reyes de Alba, ni áun era natural de Italia, sino un vagabundo advenedizo. Diocles, autor griego, fué el primero, segun refiere Plutarco, que hizo al fundador de Roma nieto de un rey é hijo de un dios, agregando á esta ficcion todas las demas que la acompañan, y cuyo tejido muestra por todas partes el carácter de fábula griega. Pero ¿qué habia de hacer la vanidad romana, que se veia tan lisonjeada con ella, sino admitirla como verdadera historia? Son siempre felices los embustes

que dan ilustre origen á cualesquiera naciones. Un adulator los forja. El pueblo, si no los cree, quiere por lo ménos que se crean. Esto basta para que nadie se atreva á impugnarlos, y para que muchos los vayan transcribiendo como verdades inconcusas. Con que, á la vuelta de dos ó tres siglos, si alguno quiere escribir con desengaño, ó mostrarse dubitante en la materia, es despreciado como un temerario, que se opone á una posesion inmemorial y á una constante tradicion.

El hecho del robo de las sabinas es una conjetura tan eficaz de que es fábula cuanto se dice del augusto origen de Rómulo, que pasa de conjetura. ¿Es creible que un príncipe tan ilustre, descendiente de los reyes de Alba, dominacion famosísima en Italia, no habia de hallar para esposa la hija de algun reyezuelo vecino? ¿Es creible que no encontrase arbitrio para casarse, sino el engaño y el robo? Lo mismo digo á proporcion de sus súbditos, y especialmente de los que entre ellos eran más poderosos. ¿Cómo podian faltar para ellos mujeres en los pueblos inmediatos? Esto hace creer que los demas estados de Italia miraban entónces la nueva colonia como una coleccion de gente vil; establecida por el robo, al modo que nosotros consideraríamos una poblacion formada de gitanos, á quienes ni los aldeanos más pobres se dignarian de dar por mujeres sus hijas.

Pasemos de los principios á los progresos. Es verdad que conquistaron los romanos el mundo; pero cómo? Del mismo modo que conquistaron á España. Usando de la perfidia, del dolo, de la alevosia, siempre que no podian lograr con mejores artes la ventaja. Si algun caudillo valeroso de la parte contraria los llevaba de vencida, con promesas magníficas disponian que algun infiel doméstico le matase, como hicieron con Viriato y con Sertorio. Si se veian debajo de la cuchilla enemiga, en la constitucion fatal de perder todo el ejército, se humillaban como los hombres más apocados del mundo, pidiendo y aceptando cualesquiera condiciones, por ignominiosas que fuesen; pero no bien salian del ahogo, cuando faltando vilmente á todo lo pactado, y atropellando la religion del juramento, repetian la guerra. Esto hicieron dos veces con Numancia, y esto habian hecho ántes con los samnites, cuando éstos, pudiendo degollar todo el ejército romano, y acabar de un golpe con aquella ambiciosa república, le dejaron salir de las horcas caudinas, donde le tenian cogido como en una ratonera. Si Poncio, gallardo general de los samnites, hubiera usado entónces de su derecho, no sólo no se haria Roma señora del orbe, mas ni áun quedaria memoria de Roma, ó cuando quedase alguna, sólo sería para oprobrio suyo, representándonos á los samnites como unos gloriosos bienhechores de la Italia en la extirpacion de una república ambiciosa, perturbadora de todos sus vecinos y enemiga del comun sosiego.

§ IX.

Pero áun queda, se me dirá, dilatado campo á la gloria de los romanos en tantas empresas, cuya felicidad, sin intervencion de la traicion ó mala fe, sólo se debió á su constancia, valor y pericia militar. Hayan sido en algunas ocasiones alevosos y pérfidos; pero ¿cómo

podrá negarse que fueron los más ilustres guerreros del orbe, los que, de los angostos límites de su primer establecimiento, con la punta de la espada se fueron habriendo campo hasta hacerse dueños de Europa y Asia?

La causa más universal de los errores comunes es, que los más de los hombres no pasan con el discurso más allá de la superficie de las cosas. Yo estoy tan léjos de asentir á las ventajas del valor romano sobre las demas naciones del mundo, que vivo persuadido á que cualquiera de éstas hubiera hecho todo lo que licieron los romanos, puesta en las mismas circunstancias. Parecerá una extraña paradoja, si digo que la conquista de todo el orbe, en la forma que los romanos la lograron, fué una cosa facilísima, que sólo pedia de parte de los ejecutores ambicion y tiempo, pero no manos ni valor. Sin embargo, lo digo, y lo demostraré con muy pocos rasgos de pluma.

Nótese que nunca los romanos combatieron potencia superior ni áun igual á la suya. Desde los principios fueron ganando tierra poco á poco, empeñándose con tal tiento, que nunca provocaban sino á quien consideraban con inferiores fuerzas. Así tardaron poco más ó ménos de quinientos años en dominar á toda Italia. Acometieron luégo á Sicilia, inferior (ya se ve) al poder unido de toda Italia. Y se añadió á favor de los romanos el tener partido dentro de la isla en los mamertinos. Sucedió la primera guerra púnica. No igualaba, ni con mucho, segun todas las apariencias, la potencia de Cartago á la de Roma. Sin embargo, vencieron varias veces los cartagineses á los romanos, y es creible que acabarían con ellos si no hubieran despedido y áun quitado alevosamente la vida al valeroso general Jantipo. Fueron despues invadiendo provincia por provincia, ya los ligures, ya los insubres, ya los ilíricos, y así á todos los demas, aumentando siempre sus fuerzas á costa de pequeños y débiles enemigos, porque los iban cogiendo separados. A la rudeza de aquellos tiempos debieron todas sus conquistas. Estábase quieta esta provincia cuando veia arder la comarcana, sin prevenir, que dentro de poco se habia de introducir en sus entrañas, aumentado de nuevas fuerzas, el incendio. Con estas conquistas, cada una por sí pequeña y fácil, se fueron engrosando de modo, que cuando llegó el caso de la segunda guerra púnica, ya era formidable el poder romano, y con grandes ventajas superior al cartagines. Qué mucho que destruyesen aquella república? Ni ¿qué era menester un héroe grande (cual pintan á su Scipion) para tan fácil empresa? A la expugnacion de Cartago sucedió el empeño de rendir á nuestra península, cuya reducion, bien léjos de contribuir algo á la vanidad romana, se puede considerar como su mayor ignominia, no sólo por las infamias que, como vimos ya, ejecutaron en varias ocasiones, mas tambien por el gran coste que les tuvo cada palmo de tierra. Cada pequeña provincia les hizo tanta resistencia como si estuviesen las dos fuerzas en equilibrio. Así tardaron no ménos que doscientos años en conquistar á España. ¿Qué afrenta para los romanos, y qué gloria para los españoles, que en cada partido ó pequeña provincia, congregándose el rudo paisanaje, años enteros hiciese frente á las disciplinadas tropas romanas, comandadas

por sus más escogidos caudillos! No es esto lo más, sino que llegó tiempo en que no habia en Roma quien quisiese cargarse de la guerra de España. Tan aterrados tenían á los romanos nuestros valerosos españoles. Quien no me creyere á mí, léalo en Tito Livio, década III, libro VI.

§ X.

En fin, fueron menester para acabar de conquistar á España dos emperadores. Pero cuáles? Julio César y Octaviano Augusto: el uno, el mayor guerrero del mundo; el otro, el hombre más feliz y prudente de cuantos ocuparon el solio. Ménos fatiga le costó á César vencer al gran Pompeyo en Grecia, que á su hijo Cneyo Pompeyo en España. Mayor soldado, sin comparacion alguna, era el padre que el hijo; pero mandaba el padre tropas romanas, el hijo españolas. Nunca se vió en peligro igual César, que en la famosa batalla de Munda. Nunca el ejército de César estuvo resuelto á huir, y ya empezaba á ejecutarlo, sino entónces. Debió César todas las demas victorias que tuvo, ya á su valor, ya á su pericia; ésta á su desesperacion. Viendo retroceder, amedrentado, todo aquel grande cuerpo de tropas, hasta entónces juzgadas invencibles, por lo ménos siempre victoriosas, voló á colocarse delante de la primera fila, donde dejando el caballo y resuelto á morir, el peligro del Emperador excitó la vergüenza del ejército; y la vergüenza, dando impetuoso movimiento á la sangre, que tenia helada el susto, hizo más de lo que pudiera hacer el valor.

Con todos los triunfos del César áun le quedó en España bastante que hacer á Augusto. A este emperador, por tantos títulos grande, pues se unieron en él suma prudencia, suma felicidad y sumo poder, resistieron por algun tiempo los feroces montañeses de la Cantabria; donde no debo ocultar una singularísima gloria del país que habito, y es, que los últimos que se rindieron fueron los asturianos. Dícelo con expresion Lucio Floro, libro IV, capítulo XII, donde, despues de referir cómo el ejército romano los sorprendió cuando no le esperaban, y que, sin embargo, fué muy sangriento el combate, concluye con que éste fué el término de todas las guerras de Augusto: *Hic finis Augusti bellicorum certaminum fuit.* Disputen ahora norabuena, como lo hacen algunos, á los asturianos si esta provincia fué comprendida ó no en la antigua Cantabria. Para nada han menester los asturianos esa gloria. Si fueron cántabros, fueron los más valientes de los cántabros; si no fueron cántabros, fueron más valientes que los cántabros; pues, rendidos ya éstos, áun mantenian la guerra aquellos.

§ XI.

La rendicion de España, que parece habia de eclipsar sus glorias, le abrió campo para sus mayores lucimientos. Nunca diera España emperadores á Roma, si Roma no hubiera hecho ántes á España provincia suya. Dió, digo, España emperadores á Roma; pero ¿qué emperadores! Tales, que fueron honra de España y de Roma: un Trajano, un Adriano, un Teodosio, todos tres insignes guerreros, á que añadieron el resplandor de otras

muchas virtudes. Trajano no careció de vicios personales, pero nadie le niega todas las cualidades de un gran príncipe en el grado más eminente. Dió con sus innumerables victorias mucho mayor extension á los términos del imperio romano, fué verdadero padre de el pueblo: ninguno construyó tantos edificios públicos. La clemencia y la justicia, virtudes que casi todos sus antecesores, desde la muerte de Augusto, habian desterrado de Roma, fueron por él revocadas como en triunfo. En fin, fué tal, que después de él, en la inauguracion de los emperadores, los votos públicos del pueblo eran que los dioses les diesen la felicidad de Augusto y la bondad de Trajano.

Adriano fué especialmente recomendable por su continua aplicacion al gobierno, á quien sacrificó su sosiego y su salud, quebrantando ésta en tantas jornadas, como hizo por visitar todas las provincias del imperio; de modo, que de veinte años que reinó, apenas reservó dos ó tres para vivir con alguna quietud dentro de Roma. Fué hombre de admirable comprension, pues entre tantas ocupaciones políticas y militares, se hizo lugar para adornar el espíritu con el conocimiento de varias artes y ciencias. Era muy buen poeta, pintor, escultor, médico, geómetra, astrólogo é insigne arquitecto.

Teodosio el Grande fué tan grande, que todo elogio le viene corto. Qué príncipe tan cabalmente perfecto! Gran capitán, magnánimo, clemente, justiciero, liberal, religioso, afable, sobrio. En fin, ¿qué virtud hay que no brillase en él en un grado eminente? Perdonen todos los demas que ocuparon el solio, aunque entren el gran Constantino y el gran Carlos; en ninguno hallo un todo tan cumplido como en Teodosio. A Constantino no le faltaron graves manchas; favoreció no poco á los arrianos, nimiamente crédulo á sus hipocresías; de modo, que no faltan quienes opinen que profesó y murió en aquella errada creencia. Aun en el gobierno civil degeneró mucho de sí mismo en los últimos años, dejándose llevar al impulso de injustos y avaros ministros. De Carlo Magno es innegable que, con todas las excelencias propias de un gran príncipe, mezcló muchas fragilidades de hombre. En vano han pretendido algunos explicar en buen sentido las cinco concubinas que le cuenta su secretario y historiador Eginardo.

Pero qué se podrá oponer al gran Teodosio? Sólo un raptó de cólera, una deliberacion violenta, concebida en el ardor de la ira, cuando, irritado de que hubiesen muerto á un lugar-teniente general suyo en un tumulto popular de Tesalónica, entregó aquella ciudad al furor de los soldados, los cuales hicieron en ella un horrible estrago, degollando algunos millares de personas. Éste es el único lunar que se encuentra en la vida de Teodosio; grande á la verdad, si se mide á bulto; pero debe descontarse al rigor del castigo todo lo que de parte del príncipe faltó de prevision en orden al daño, siendo muy verisímil que no esperase ejecucion tan sangrienta. Debe tambien rebajarse á la culpa otro tanto, como la ira robó de advertencia al discurso. En fin, este delito, como quiera que se mida, dió ocasionalmente á conocer toda la grandeza del espíritu de Teodosio, motivando la más gloriosa penitencia, la más heroica humildad, que jamas se vió en príncipe alguno. ¿Cuándo se esperó ni áun

creyó posible que, no digo ya el dueño augusto de todo el imperio romano, mas áun cualquiera que poseyese en soberanía cuatro palmos de terreno, no sólo tolerase que un obispo le corrigiese delante de todo el pueblo, mas tambien se rindiese á su sentencia, para abstenerse de entrar en la iglesia y para hacer penitencia pública?

Miren este grande ejemplo aquellos desnaturalizados políticos que de los príncipes quieren hacer, no sólo deidades, sino deidades crueles; no sólo ídolos, sino ídolos como el de Saturno, que no se saciaba de humanas víctimas. ¿Cuántos estadistas se hallarán, no sólo entre los bárbaros de Asia ó África, mas áun en las más cultas cortes de Europa, á quienes, si se les propone un desacato contra la majestad, semejante al que se cometió en Tesalónica, resolverán como castigo proporcionado que se lleve á sangre y fuego todo el pueblo, que no se haga distincion entre el culpado y el inocente, que no quede piedra sobre piedra en la ciudad tumultuante? Dirán que toda esta satisfaccion pide el ultraje de la corona. No llegó á tanto el rigor de Teodosio, y lo lloró como gravísima culpa. Oh sangre humana! qué licor tan vil eres para los que no tienen más religion que la política!

Habiendo sido nuestro Teodosio por tantos capitulos plausible, lo que obró por la religion católica constituye su mayor gloria, pues cuanto hizo en esta parte el gran Constantino se puede decir que es ménos, que lo que hizo Teodosio. Aquel empezó la grande obra de destruir el paganismo; éste la perfeccionó. Hizo aquel mucho, pero mucho dejó por hacer, y de lo mismo que hizo, lo más fué deshecho por el apóstata Juliano, que sucedió en el imperio á Constancio, hijo de Constantino; de modo, que cuando Teodosio se ciñó la diadema, halló reinante la idolatría, y cuando salió de este mundo á recibir la corona del cielo, la dejó, no sólo abatida, sino totalmente arruinada. Fué, pues, un español el instrumento de que se sirvió la mano omnipotente para arrasar todos los templos de el paganismo.

§ XII.

Pues con ocasion de Teodosio hemos tocado en la mayor gloria de España, esto es, el influjo que tuvo nuestra nacion en el establecimiento de la fe católica, razon es detenernos algo en un asunto que constituye la suprema honra de los españoles.

Admirable es sin duda el cuidado que puso la Providencia divina en la conversion de España á la religion verdadera. Con estar esta península en los últimos fines de la tierra y tan distante de Palestina, dos apóstoles destinó para su conversion, Santiago el Mayor y san Pablo. De la venida del primero ya no se puede dudar razonablemente, despues de tantos y tan doctos escritos como la han comprobado. La del segundo está asegurada con los superiores testimonios de san Atanasio, san Cirilo Jerosolimitano, san Epifanio, san Juan Crisóstomo, Teodoreto, san Jerónimo y san Gregorio el Grande. Véase Natal Alejandro, en el tercer tomo de la *Historia eclesiástica*, donde eruditamente prueba este asunto y satisface á las objeciones contrarias.

El esmero del dueño de esta viña en su cultivo, es

§ XIII.

No sirvió ménos España á la religion con la doctrina que con el ejemplo. A los primeros amagos de la sangrienta persecucion de Diocleciano se congregaron nuestros obispos en el concilio Iliberitano, cuyos cánones, destinados á la observancia de la más severa disciplina, y á la confirmacion de los fieles contra el rigor de los edictos imperiales, admitió y aprobó la Iglesia. Presidió en este concilio el grande Osio, obispo de Córdoba, cuya virtud y erudicion se descolló tanto en los reinados de Constantino y de Constancio, que fué mirado como el más ilustre campeón de la Iglesia, contra los portentosos esfuerzos de la herejía arriana. Éste es aquel á quien san Atanasio con veneracion reconoce por su gran patrono, á quien apellida *el grande Osio*, á quien llama *padre de los obispos, príncipe de los concilios y terror de los herejes*. Pudiera España gloriarse de haber servido mucho á la Iglesia, áun cuando no hubiera hecho más que lo que hizo por medio de este nobilísimo hijo suyo. Presidió Osio no ménos que cuatro concilios: el Iliberitano, de que hemos hablado, el Alejandrino primero, el general Niceno primero y el Sardicense. Por esto le dió san Atanasio el singularísimo atributo de *príncipe de los concilios*. En el Niceno, donde presidió en nombre de san Silvestre, pontífice máximo, á él sólo fió la Iglesia, y él sólo compuso el famoso símbolo, donde está recapitulada toda la sana y católica doctrina.

Flaqueó Osio, no lo disimulemos (*); flaqueó Osio al fin de sus dias, subscribiendo á una confesion de fe compuesta por los arrianos. Discúlpanle los escritores eclesiásticos con el quebranto de sus fuerzas, porque tenía cien años, ó muy cerca de ellos, cuando las amenazas, rigores y malos tratamientos del emperador Constancio le redujeron á aquella indignidad. Pero yo extraño que en tan alta edad no se atribuya el desliz ántes á flaqueza de la razon, que á imbecilidad corporal. Esta disculpa es mucho más verisímil, y verdaderamente disculpa. Es accidente rarísimo abandonar en la vejez la religion que se profesó desde la infancia, sin perder ántes el juicio. Los viejos son muy tenaces de sus antiguas máximas. Cuanto va creciendo la edad se va aumentando el teson. Profundan más y más sus raíces los dictámenes en el espíritu, del mismo modo que los vegetales en la tierra. No hace á los muy ancianos mudar creencia la fuerza del argumento, sino la extincion del discurso. El rigor de la persecucion tambien hace ménos impresion en ellos que en los jóvenes, cuando está fortificada la tolerancia con una larga costumbre de padecer y resistir, como sucedió en Osio. Fuera de esto, mientras están capaces de alguna reflexion es naturalísimo ocurrirles, que es muy poco lo que la tiranía puede quitarles de vida y de conveniencia. Así, el accidente de Osio se debe atribuir á una perfecta decrepitez, la cual, sin milagro, es casi inseparable de la edad centenaria. Acaso á aquel venerable Eleazaro, que á los noventa años sufrió constantemente la muerte por la religion, si hubiera vivido diez más, sucediera lo mismo que á Osio.

Debajo de este supuesto subsiste ilesa la fama de tan

(*) Parece extraño que Feijoo admitiese como cierta la flaqueza de Osio, que ya en su tiempo negaban muchos críticos. (V. F.)

argumento de que habia de sacar de ella copiosísimo fruto. ¿Quién beneficia con especial aplicacion un terreno estéril, que sabe ha de corresponder á su fatiga con una cortísima cosecha? Dos apóstoles, y apóstoles tan grandes, empleados, por mision divina, en plantar la fe católica en España, muestran que España abultaba mucho en la soberana mente, como quien habia de servir, sobre todas las demas naciones, á la exaltacion de la fe católica.

En los tres primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos no tenían otros templos que las cavernas más oscuras, ni otras imágenes de Dios y de sus santos que las que traian grabadas en sus corazones, porque el furor de los emperadores gentiles no permitia otros templos ni otros simulacros que los de sus falsas deidades, entónces tenía España, segun nos enseña la piadosa tradicion, templo y simulacro consagrados á la Virgen María, Señora nuestra, no retirados entre algunos escarpados cerros, sino patentes á todo el mundo en la insigne ciudad de Zaragoza. Oponen á esta tradicion los extranjeros, que no es verisímil que gobernando en España los idólatras romanos, permitiesen aquel monumento público de nuestro culto. Pero esto, cuando más, probará, que ni el templo ni la imagen pudieron subsistir sin especial proteccion del cielo. ¿Y por dónde, pregunto, se hace ésta increíble? ¿Por qué entre tantos millares de prodigios como Dios obró en la grande empresa de desterrar del mundo la idolatría, no podremos asentir á que hizo uno continuado por tres siglos, á fin de mantener el templo é imagen del Pilar? Si para dar prudente asenso á un milagro no basta el testimonio de la tradicion, será preciso condenar como fabulosos casi todos cuantos se hallan escritos en las historias eclesiásticas. Si la valiente fe de una alma sola basta para recabar de la divina piedad un prodigio, ¿por qué, en atencion á tantos millares de fervorosos espíritus, como se debe creer dejaria en España la predicacion de los apóstoles, no haria Dios el de conservar para su consuelo el templo é imagen de Zaragoza?

Correspondió España á tan señalado favor con su constancia en la fe, por la cual ofreció á Dios innumerables preciosas víctimas en tantos insignes mártires como la ilustraron, cuya gloriosa multitud excede á todo guarismo. Un monasterio sólo de San Benito (el de Cardeña) dió de una vez docientos. Una ciudad sola (la de Zaragoza) da con justicia á los suyos el epíteto de innumerables. La calidad no fué inferior á la cantidad, pues entre los mártires españoles no pocos se descuellan como estrellas de primera magnitud del cielo de la Iglesia. Diganlo un Lorenzo y un Vicente, á quienes la Iglesia, en las deprecaciones públicas, prefiere á todos despues del proto-mártir Estéban; una Eulalia y un Pelayo, que en la edad más tierna lograron el triunfo más alto; hermosas flores que, de candidas, hizo el cuchillo purpúreas, y fueron tanto más mártires, cuanto padecieron más años; siendo cierto que hace mayor sacrificio quien, anticipándose en temprana edad la muerte, se corta por Dios mayor porcion de vida.